

12-2008

## Ocho cartas de Fernando Lazaro Carreter

José María Rodríguez Méndez

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.conncoll.edu/teatro>



Part of the [Spanish and Portuguese Language and Literature Commons](#), and the [Theatre and Performance Studies Commons](#)

---

### Recommended Citation

Rodríguez Méndez, José María. (2008) "Ocho cartas de Fernando Lazaro Carreter," Teatro: Revista de Estudios Culturales / A Journal of Cultural Studies: Número 22, pp. 259-261.

This Article is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Connecticut College. It has been accepted for inclusion in Teatro: Revista de Estudios Culturales / A Journal of Cultural Studies by an authorized administrator of Digital Commons @ Connecticut College. For more information, please contact [bpancier@conncoll.edu](mailto:bpancier@conncoll.edu).

The views expressed in this paper are solely those of the author.

## OCHO CARTAS DE FERNANDO LAZARO CARRETER

José María RODRÍGUEZ MÉNDEZ

Siempre me sentiré en deuda con D. Fernando Lázaro Carreter, por el interés que siempre manifestó por mi obra teatral y ensayística a la que dedicó varias críticas y comentarios, todos ellos positivos y hasta elogiosos. Él y otro crítico, D. Alfredo Marqueríe, fueron para mí dos mentores a los que siempre agradeceré su atención a mi obra. Una obra que tuvo también sus detractores y que fue vapuleada por la censura de una manera feroz, como acaba de reseñar hace poco el hispanista británico Michael Thompson en el libro recientemente aparecido con el título de *Performing Spanishness* en Chicago y en Bristol.

Este último autor, junto con los dos mencionados antes, me compensaron del desvío y descrédito a que me sometieron otros críticos, algunos de renombre, durante la época franquista y la de la transición. De Lázaro Carreter guardo ocho cartas que me escribió a lo largo de unos pocos años y que gustaría que las conocieran los que más o menos se relacionaron con el teatro en estos últimos tiempos. Son testimonios de un eminente lingüista, director de la Real Academia Española, que amó a nuestra gran lengua y literatura por encima de todo y de todos. Y el hecho de ser presidente de la Academia no le coartó jamás para descender al nivel de los pobres faranduleros como yo, puesto que también llevaba en la sangre el amor por los cómicos de la legua como este servidor.

Nunca podré olvidar aquel día en que cayó en mis manos uno de sus libros pedagógicos, un manual para estudiantes de C.O.U., creo.

No sé cómo cayó en mis manos el libro. El caso es me encontré con los grandes elogios que hacía de mi lenguaje teatral. Presentaba a los alumnos, a los que iba destinado, lo que era el lenguaje popular en el año 1898, y hacía grandes elogios de mi obra *Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga*. Un imberbe autor como yo no podía por menos de quedarse apabullado ante ese elogio y como siempre tuve que sufrir más reproches que otra cosa, me emocionó tanto que un académico de la lengua y un profesor tan reputado me regalara tales palabras que me apresuré a escribirle dándole las gracias por todo ello. No estaba acostumbrado a que me contestaran en tales casos, porque no es frecuente la correspondencia con desconocidos, sobre todo ahora, en estos tiempos que estoy viviendo. Pero no. El gran crítico y profesor Don Fernando Lázaro Carreter me contestaba pocos días después con una carta, que es la primera de las ocho que tengo y que con fecha 20 de junio de 1972 empezaba así:

«Querido amigo: Vd., es quien reúne méritos para ser admirado. Desde *Los inocentes* hasta las *Bodas* ha recorrido un camino, que en cualquier lugar civilizado lo tendría en los primeros lugares del público reconocimiento». Me hablaba a continuación de la oferta que le habían hecho desde la revista *Gaceta Ilustrada* para sustituir en la crítica a Laín Entralgo y de que había leído otro libro mío de ensayos que le había gustado mucho... En fin, allí me brindó toda su amistad y compañerismo. Una de las cosas más agradables que puede pasarle a un escritor más o menos silenciado o «ninguneado» como se dice ahora y que le redime de los desvíos tan notables que ha de padecer en este reino no muy civilizado...

El caso es que aquella primera carta inició el curso de una amistad que me acompañó hasta su muerte, que se produjo a la vez que el atentado terrible de la estación de Atocha en 2004. Por cierto que yo intenté demostrar mi agradecimiento a aquel gran hombre escribiendo un par de cartas a los dos diarios más importantes del país y aunque seguí fielmente los requisitos exigidos para ello, no tuvieron a bien publicar mis cartas. Por eso ahora no digo los títulos de esos periódicos, que los lectores adivinarán enseguida.

Las críticas que me dedicó Don Fernando Lázaro Carreter, en aquellos tiempos de censura, constituyeron un lenitivo importante, que un escritor más o menos marginado como yo, nunca podrá olvidar. Por eso ahora me atrevo a exhibir las cartas que me envió y que fueron un correlato de su interés hacia mi obra. Porque el profesor Lázaro Carreter, además de gran profesor y lingüista, amaba el teatro con todo su ser. Y es autor de alguna obra que sólo por salir de sus manos hubiera merecido el recuerdo. Pero su grandeza evitó cualquier malentendido. Siempre me dijo que él hubiera querido ser un autor de teatro, porque era el teatro lo que él admiraba. Pero su probidad profesional le impidió abusar y prefirió escribir aquellos magníficos libros como *El dardo en la palabra* que ahí han quedado para gloria del lingüista. Gran lingüista y gran universitario que es lo que fue. Y no sólo se interesó por mí, sino también por Martín Recuerda y Lauro Olmo y Muñiz y todos los que estábamos en la trinchera luchando por hacer algo digno de la gran literatura española que siempre tuvimos. Pero no por eso dejaba de ser crítico de algunas deficiencias que uno siempre tiene y las que se producían en la puesta en escena. Y todo lo hacía de tal manera, con tanta delicadeza que como le dije yo en una ocasión, agradecía tanto sus elogios como sus censuras porque estaban plenamente advertidas y estudiadas.

«Mi querido amigo, ¡Cuánto tiempo ha pasado desde que recibí sin agradecerse, su libro! Discúlpeme, la verdad es que aquí no interrumpo mi ritmo madrileño y lo que sufre es la correspondencia». Me escribía desde Comarruga en la provincia de Tarragona, donde pasaba el verano. Era en 1972, le había yo enviado uno de mis libros de ensayos que escribía cuando la censura me tumbaba todas las obras teatrales que presentaba y él me animaba diciendo: «Leí su trabajo apenas lo recibí, que me entusiasmó (subrayado) en muchos de sus aspectos y que quise decírselo enseguida. Pero el hombre propone..... Lo que me sedujo fue su perspectiva, su modo de mirar los fenómenos literarios desde otra vertiente, que no suele ser la de los eruditos y de ello sale un panorama muy rico». Y a continuación, sin atreverse a censurarme, me decía: «Tal vez me gustaría discutir con Vd., algunas ‘parcialidades’ a que le lleva el entusiasmo de su descubrimiento, tampoco me parece bien encajada la picaresca en su cuadro». Así de esta manera tan exquisita me criticaba, diciendo a continuación: «Pero todo cede ante la fuerza de su visión». Se trataba de mi libro de ensayos titulado *Ensayo sobre el machismo español* que publiqué en Barcelona.

En aquellos tiempos en que publicar un libro, por modesto que fuera, como era el caso de este libro, encontrara una autoridad como la de Lázaro Carreter, que no sólo acogiera el libro con todo su cariño, sino que además lo leyera y se molestara en estudiarlo, constituía algo que nunca podíamos olvidar. El recién fallecido Martín Recuerda y Lauro Olmo y tantos otros neófitos de la dramaturgia, le venerábamos. Hasta recurría a nosotros cuando decía en esta misma carta: «Si advierte algún desvío en mis críticas (se refería a las que publicaba en la *Gaceta Ilustrada*) adviértamelo. Me propongo no ser feroche, pero no quiero disimular mi pensamiento».

Cuando estrené en el Teatro Alfil de Madrid mi obra *Historia de unos cuantos* que le gustaba mucho, aparte de defenderla a capa y espada desde sus reductos críticos, se indignó por lo que había pasado. Me escribía así: «Sigo día a día el curso de la *Historia* (subrayada) como si se tratase de algo propio. Y lo es en la medida que afecta al teatro y a la cultura del país, Créame que estoy perplejo ¿Maldad o estupidez?».

Lo que había sucedido es que la crítica casi en general se pronunció contra mí, porque en principio la censura estaba contra ella y se autorizó a última hora, sometida a la supervisión del ensayo general. Pero los críticos más o menos oficiales, plenamente advertidos (algunos de ellos eran censores) arremetieron contra ella de una manera despiadada. Resultado: un gran fracaso de público y una gran pérdida para el empresario. Don Fernando sin embargo decía a continuación. «Pero prosiga usted. Su carrera, su camino son esos». Y se despide de mí en aquella carta así: «Que 1976 sea el del triunfo que ha merecido en 1975».

Así era el magnífico Director de la Real Academia Española, el gran profesor Lázaro Carreter, que supo jugársela en plena dictadura, y como éste hubo otro también, que fue Don Alfredo Marqueríe que también nos defendió a los que luchábamos por dar a la escena algo de lo que tuvo en otros siglos y en otros ámbitos.

Y como dije al principio, cuando Don Fernando murió quise agradecersele públicamente, pero mis cartas no llegaron a publicarse. Lo hago ahora con mejores horizontes. Que así sea.